

# una ojeada a **SALAMANCA**



UNA HOJEADA A SALAMANCA • LUIS RAFAEL PARDO SILVA†



**LUIS RAFAEL PARDO SILVA†**

**Editorial  
Unillanos**





*una ojeada a*  
**SALAMANCA**



---

**Pardo Silva, Luis Rafael**  
**Una ojeada a Salamanca**

Villavicencio: Editorial Unillanos, 2021 - Segunda impresión 2022

p. 228, (14 x 21cm)

Incluye: Índice

ISBN: 978-958-8927-59-6 e-ISBN: 978-958-8927-83-1

1. Universidad de Salamanca 2. Universidades europeas 3. Historia de las universidades.

CDD Co863.6 ed. 21

Catalogación en la publicación – Biblioteca Universidad de los Llanos

---



Primera edición 2021

**Una ojeada a Salamanca**

ISBN: 978-958-8927-59-6 e-ISBN: 978-958-8927-83-1

Segunda impresión 2022

© **Universidad de los Llanos**

**Coordinación editorial:** Pablo Arciniegas

**Diseño de cubierta y diagramación:** Mario Calderón

**Corrección de estilo:** Andrés Mantilla & Leandro Villar

**Editoras:**

Sandra Clemencia Pardo Carrasco

Profesora asociada Universidad Nacional de Colombia,  
sede Medellín

Fidela Patricia Pardo Carrasco

Profesora Universidad de los Llanos

**Editorial Unillanos**

Calle 37 No. 41-02 Barzal - Campus San Antonio

editorialunillanos@unillanos.edu.co

www.editorial.unillanos.edu.co

Villavicencio, Meta

Descargo de responsabilidad: la información contenida en este libro es producto del autor y por consiguiente no compromete la posición de la Universidad de los Llanos. Prohibida la reproducción total o parcial, en cualquier medio, formato o propósito, sin la autorización escrita de la Editorial Unillanos.

## SOBRE EL AVTOR

*Luis Rafael Pardo Silva*

**L**uis Rafael Pardo Silva nació en Cachipay (Cundinamarca) el 5 de abril de 1943. Cursó sus estudios de bachillerato en el Instituto San Bernardo de la Salle de Santafé de Bogotá. Obtuvo el título de licenciado en Matemáticas y Física en la Universidad Nacional de Colombia (1965) y de magíster en Administración Educacional en la Universidad del Valle (1973). Inició su actividad laboral en el ISER de Pamplona (Norte de Santander) y, posteriormente, en el Gimnasio de los Cerros de Santafé de Bogotá, en el Colegio Universitario de Vélez (Santander).

En diciembre de 1970 se desplazó a Villavicencio, ciudad de sus mayores. En 1971 fue nombrado jefe de la división técnica de la Secretaría de Educación, y de 1973 a 1974 se desempeñó como secretario de educación; tiempo después realizó la misma función en la entonces comisaría del Vichada. En 1978, finalmente, se vinculó a la Universidad de los Llanos, donde fue catedrático, decano de la Facultad de Educación, vicerrector académico y jefe de la Oficina de Planeación. En 1996 disfrutó de su año sabático, cuando escribió el presente ensayo.



*Por eso quiero, en esta noche bella,  
recordarte con dulce pasión  
y hablarte, para convencerte,  
Fifa eres mi vida, Fifa, mi ilusión.*





## PRESENTACIÓN

Los que conocimos a Rafael Pardo y compartimos con él los años de su trabajo académico en la Universidad de los Llanos fuimos testigos de su permanente obsesión por el progreso de nuestra institución. Rafael se sentía orgulloso de ser conservador, pero nosotros siempre lo vimos como uno de esos liberales de mente y de intelecto, creador de proyectos de largo alcance, infatigable en su labor de convencer a sus colegas, directivos y estudiantes de pensar en grande para dejar huella en las futuras generaciones.

Luchó día a día por las reformas que veía como necesarias y sacó adelante, contra viento y marea, la creación de nuevas facultades y nuevos programas. Era enemigo de ver a su universidad conforme con la imagen de ser una pequeña universidad, porque, para él, el límite era su propia imaginación.

Cuando obtuvo el disfrute de su año sabático, nos sorprendió con la idea de dedicarlo a conocer una de las universidades más antiguas del mundo, la Universidad de Salamanca. Lo tomamos como un ejercicio placentero de investigación histórica, muy de conformidad con su mentalidad conservadora. Estábamos muy equivocados.

En una primera decisión, renunció a escribir un libro sobre su experiencia y optó por escribir una serie de cartas que le daban más libertad y lo liberaron su imaginación de formalismos y normas. Creo que lo hizo también para no perder su hábito de conversador, limitado por la soledad de su retiro voluntario y temporal del ambiente universitario. El lector constatará que, en medio de sus profundas lecturas y entrevistas con personajes salmantinos, siempre aprovechó la más pequeña disculpa para condimentar los textos con anécdotas sobre la ciudad, sus costumbres, sus habitantes, sus comidas y, por encima de todo, sus calidades humanas.

El hilo conductor de estas cartas sobre la Universidad de Salamanca es, aunque suene raro, la Universidad de los Llanos, su universidad. Lo menciona de vez en cuando, pero se lee en cada párrafo que su intuición era, desde el comienzo, encontrar en una institución centenaria las bases y criterios para para diseñar, construir y poner en marcha una institución con menos de 50 años de historia. Ese era su polifacético modo de ser un conservador de ideas liberales.

Quien lea estas páginas encontrará evidencias palpables de la búsqueda de los elementos históricos y académicos que esa larga historia universitaria puede aportar al presente.

Lo primero que se encuentra en el recorrido histórico es la constancia permanente de todos los protagonistas por defender su universidad contra todos los enemigos y difícil-

tades de levantar una institución en el siglo XIII y siguientes. Recordemos que esos eran tiempos de inquisición, permanente control religioso, guerras y pugnas políticas, no solo europeas sino ibéricas.

El centralismo papal hacía que todo lo cultural y educativo pasara por engorrosos trámites salpicados de política e intereses personales de las casas reinantes en Europa. Salamanca sobrevivió al cisma de Aviñón, y tuvo que sortear las exigencias e intereses no de un papa, sino de dos. Uno de ellos era español, pero, para mala suerte, fue el perdedor en esta lucha interna y la Universidad tuvo que hacer malabarismos políticos para congraciarse con el papa legítimo.

En la península ibérica, formada por varios reinos, era necesario buscar apoyos y limar asperezas entre los monarcas para poder sostener los costos y defender la existencia misma de la institución. Sobrevivir significó tolerar por un tiempo dos rectores, uno por cada reino. Hoy, cuando la política y la corrupción infiltran las instituciones sin respetar si son entes de educación, Rafael Pardo insinúa que la lucha de la Universidad de Salamanca debe ser ejemplo de constancia, diplomacia y fidelidad a los principios rectores de la educación superior.

Un tema insólito para los conocedores de la historia reciente de nuestras universidades es el descubrimiento, hecho por el autor de estas cartas, de la lucha valerosa de los maestros y directivos salmantinos por conservar la autonomía de pensamiento de la institución. En plena época de la Inquisición, cuando era tan fácil terminar en la hoguera por la más tímida idea que pusiera en duda las verdades dogmáticas de Roma, sorprende que las normas internas de la Universidad de Salamanca defendieran con persistencia la libertad de cátedra que nosotros creemos un logro de los

tiempos actuales. Autores y libros prohibidos y sospechosos por fuera de los muros académicos se leían y discutían allí desde antes del descubrimiento de América, para ejemplo de nuestras instituciones polarizadas y una sociedad permisiva con la muerte de aquellos que no piensan igual a los que tienen el poder.

Un tercer aspecto se resalta a lo largo de este correo epistolar, muy ligado al anterior, aunque podría parecer contradictorio. Esos docentes, muy libres para pensar y escribir, tenían compromisos firmes y muy drásticos con el cumplimiento de sus actividades académicas y la honestidad de su vida privada. Son muchas las restricciones que se les imponen para evitar que se corrompan y saquen provecho de su posición, y fuertes las sanciones para quienes falten a sus obligaciones o se desvíen del compromiso de rectitud que adquieren como docentes de esta universidad.

Podemos deducir que, en el fondo, se trataba de pagar la libertad de pensamiento con la obligación de dar ejemplo, un compromiso ético para quienes soportaban la cultura y las costumbres en una de las tres primeras universidades europeas, conforme con el respeto que la sociedad les profesaba.

Nuestro autor, en conclusión, encontró en su viaje y en sus investigaciones un tesoro de ideas, principios y compromisos que pueden presidir el quehacer académico de siempre en las instituciones de educación superior. Los que lo conocimos y los que disfrutamos de su amistad sabemos que ese cúmulo de ideas y convicciones guiaba y alimentaba su actividad como docente de la Universidad de los Llanos. Más de una vez, cuando hablamos de la falta de líderes comprometidos y creativos en la universidad a la que dedicó tantos años, alguien termina mencionando cuánta falta hace Rafael Pardo.

Esta publicación de la obra de un profesor, ya fallecido, testimonia el aprecio institucional por la producción intelectual de sus docentes e incentiva en sus ellos la creatividad científica y literaria, tan necesaria para acreditar su calidad universitaria. Nuestro autor epistolar estaría dedicado a abrir más horizontes y soñando con una Universidad de los Llanos con ocho siglos de sabiduría.

*Arturo Arango Mutis*

**Villavicencio, marzo 25 de 2020**  
(En cuarentena por COVID 19)



## NOTA ACLARATORIA

Durante la transcripción y ulterior corrección de esta obra póstuma se intentó preservar, en lo posible, el texto original de las cartas, conforme a la intencionalidad del autor. Las inconsistencias encontradas durante la lectura son omisiones voluntarias con el fin noble de conservar la originalidad del texto.





## CARTA 1

### Que trata del porqué de estas cartas y de otras minucias

Villavicencio, octubre de 1996

Apreciado amigo:

Esto de escribir informes sobre alguna actividad realizada debiera ser una labor agradable, digo yo, pero cuando te enfrentas a una serie de normas: que doble espacio, que la citas así, que el pie de página así, que las imágenes, que..., en fin, resulta uno más preocupado por la forma que por el fondo y, a la postre, elaborando unos mamotretos, o ladrillos, de lectura absolutamente impotable que terminan en el más polvoriento de los anaqueles, durmiendo, como dicen, el sueño de los justos, y tal vez con mucha razón. Dicen que lo bueno si breve, doblemente bueno. Y que si uno no es capaz de colocar en pocas páginas lo que tiene que decir es porque no tiene qué decir. Claro que hay excepciones y no todos podemos ser tan afortunados como el general romano Cayo Julio César, al que le atribuyen el

ejemplo clásico de laconismo, ¿te acuerdas?, el que nos enseñaban en el bachillerato: *vine, vi, vencí*, ¡qué maravilla! Parodiándolo, yo debería decir con respecto a Salamanca: fui, vi, regresé y todos tan tranquilos, con el aporte de un nuevo ejemplo de laconismo para nuestros profesores de español, o, mejor dicho, de castellano, para que no se me enfaden mis amigos “chapetones”, a quienes tanto estimo.

Te decía que hay excepciones, especialmente relacionadas con la literatura. ¿Te imaginas *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la mancha* en edición breve o los *Cien años de soledad* convertidos en “Un mes de soledad” o algo parecido? ¡Claro que no! Estos genios de la narrativa sí deben disponer de todo el papel de mundo, o ¿no has sentido la tristeza que produce acercarse al final de un buen libro?, ¡ah! ..., ¿cierto que sí? Pues bien, los informes técnicos están reservados para asuntos *ídem* y solo sirven para ser leídos por burócratas oficiales cuando deben emitir un concepto o cuando están en trance de presentar a su turno algún informe y, en este último caso, los fusilan con deliberada impudicia o se los mandan a hacer a tantos y tantos *Bernabé Bernal*, al decir de Álvaro Salom Becerra, que malgastaba su vida al servicio de ambiciosos burócratas siempre en trance de arribismo. Esta es la ventaja, querido amigo, de escribir cartas pues, cuando están destinadas a alguien que se estima, puede uno darse el lujo de hacer cualquier digresión o salida de tema y contar con su amable benevolencia. Pero basta de exordio, al fin al cabo lo que pretendo es hacerte algunos comentarios sobre mi viaje a Salamanca y, especialmente, sobre la universidad que allí funciona. Veamos.

Empiezo por comentarte algo baladí. Cuando me encontraba en Madrid quise, por razones nostálgicas, hacer mi viaje a Salamanca en tren. Tú sabes que en Colombia este medio de transporte, tan querido para los que “sobrepa-

samos el chorizo”<sup>1</sup>, se acabó. Salimos, y perdona que hable en plural pues no pretendo utilizar el mayestático sino que había conmigo gran cantidad de personas, a las 9:30 de la mañana del 13 de abril de la estación Chamartín, para un recorrido de tres horas y veinticinco minutos; y, como tiene fama la puntualidad de los trenes europeos, fui constatando en cada una de las estaciones, que son muchas (Villalba, Ávila, Cardeñosa de Ávila, Monsalupe, Aveinte, S. Pedro del Arroyo, Crepos, Narros del Castillo, Peñaranda Bracamonte, Villar de Gallimazo, Babilafuente, San Morales, Aldealengua y Salamanca), la hora de llegada con absoluta puntualidad. Recuerdo que mi padre me mandaba a preguntar a la estación de Cachipay a qué hora salía el tren de las tres.

Dos incidentes recuerdo: uno bueno y otro malo, aquí te va el malo. Había comprado café en el aeropuerto El Dorado para obsequiar y para mi uso personal; aprovecho para agradecer la cafetera que Hortensia me regaló. Cuando me encontraba plácidamente disfrutando la bella campiña española, acrecentaba por un invierno generoso, caí en cuenta de que el café se me había quedado en el hotel. Ya supondrás mi consternación y el transitorio grado de amargura que esto me produjo y, a pesar de los esfuerzos hechos, más tarde, por el hotel Anaco de Madrid, sitio en la plaza del Carmen, su recuperación fue infructuosa. A nadie podía echar la culpa y después de reconvenirme suficientemente me prometí, para tranquilidad de conciencia, no volverlo a hacer. El segundo incidente fue maravilloso. La primavera

---

1 *Chorizo* es un “pedazo de tripa lleno de carne, regularmente de cerdo, picada y adobada, el cual se cura al humo” (RAE). En Colombia, además de la acepción anterior, *chorizo* también hace referencia a la cuerda en donde se anotan las carambolas en el billar, cuyo máximo dígito posible es cincuenta; así, pues, la expresión “sobrepasar el chorizo” es una expresión muy íntima (justificable en el caso presente debido al género epistolar) que hace referencia a quienes ya han pasado los cincuenta años (Nota del corrector).

estaba comenzando y el tren discurría por unas planicies que me recordaban el llano, enmarcadas por colinas de relativa baja altura cubierta de nieve que brillaba con los rayos del sol, ahí, casi al alcance de la mano. Deseé que el tren se detuviera y dar rienda suelta al niño que llevamos dentro para que de una sola vez repusiera tantos años sin esa sensación de vida que despierta, pues al lado de los pinos, encinos, alcornoques y chaparros de perenne follaje estaban los olmos y los álamos entonando su canto a la vida. En ellos se adivinaba, más que se veía, su nueva foliación y el trigo y otros cereales matizaban con su verde nuevo los rojizos campos de las sementeras. Qué espectáculo, la costumbre de la eterna primavera no nos permite ver el milagro de la vida que renace en pleno. Del blanco al rojo y del verde con su increíble gama de matices. No conozco el cambio de las otras estaciones, pero este es inefable.

Cuando el tren interrumpió mi parada imaginaria, estábamos llegando a Salamanca. En la estación me esperaba María José con su hija Cristina, de doce años, pues nos habíamos puesto de acuerdo esa mañana cuando la llamé avisándole la hora de llegada. Es increíble, querido amigo, cómo funciona la cadena de la amistad. Pienso en este momento que cada vez tengo menos razones para creer en el libre albedrío. La serie de circunstancias que se encadenan para que los hechos se sucedan son imposibles de predecir y esto fue lo que ocurrió con María José: primero, Esperanza Duque, quien llegó a la Universidad de los Llanos procedente de alguna parte; luego, la amistad y el grado de confianza que pudimos tener dieron como resultado que me hablara de la existencia de Gustavo, su hermano, en Madrid. Para él llevo conmigo una carta en la que, según me lo manifestó Gustavo, que no se crea otra cosa, me describe como “idealista pragmático y furibundo bolivariano”, se-

guido del hecho de estar casado con una odontóloga que atendió en su consultorio a una paciente de nombre Generosa Asencio, natural de Salamanca. Del archivo de Gloria, la esposa de Gustavo, obtuvieron el teléfono de “Gene”, como le dicen. Por mi decisión, vale decir por mi libre albedrío, habíamos venido a Salamanca, el martes de la semana anterior, con Juanjo, ¿te acuerdas de él?, el biólogo español que estuvo el año pasado haciendo su tesis de grado en Carimagua y trajimos información sobre hoteles, hostales y pensiones. Con sus datos, el día miércoles en horas de la mañana, por teléfono y desde el hotel, hice reservaciones en el hostel los Charros, así le dicen a los salmantinos, a un precio de 2000 pesetas diarias sin alimentación, lo que podía convertirse fácilmente en 4000; ese mismo miércoles por la tarde nos encontramos con Gustavo y me informó de las diligencias que estaban haciendo para localizar a Gene; el jueves por la tarde me llamó para darme el teléfono de María José Asencio, hermana de la anterior y que residía en Salamanca, a quien llamé inmediatamente informándome sobre la residencia de Dora Pérez por un precio aproximado de 78.000 pesetas mensuales, incluida la alimentación y lavada de ropa (en realidad son 2350 pts.<sup>2</sup> diarias o 70.500 al mes, más 6000 por lavada de ropa). Pero ¿cómo obtuvo María José la información? Cuando la llamé, fue al hotel Gran Vía a preguntar sobre posibilidades. Allí le informó una niña, que resultó ser sobrina de un primo de Dora, que el costo en el hotel era muy oneroso, pero que conocía una residencia que podría ser lo que estaban buscando, teniendo en cuenta la clase de persona que yo era y lo que venía a hacer aquí. Ella misma le había indicado, años antes, a una

---

2 La abreviatura pts. corresponde a la moneda *pesetas*, que circuló de manera oficial en España hasta el 1 de enero de 2002, fecha en que el euro entró a circular en el mercado conformado por las naciones miembro de la Unión Europea (Nota del corrector).

colombiana de nombre Piedad, esta residencia cuando ella atravesaba una situación económica que ponía en peligro su posgrado en Salamanca.

Te decía, y volviendo al cuento, que María José y Cristina me esperaban en la estación. Para reconocernos, yo le había dicho que era una persona de 53 años y que vestía chaqueta de cuero. Ella, a su vez, me manifestó que iría con una niña que llevaría pantalón negro y que era robustita. Estos datos me fueron suministrados por María José cuando la llamé después de comprar el pasaje. El encuentro fue cordial, me recordó el modo de ser de la tía Chava, amplia, sonriente y habladora. Tiene 31 años, casada, dos hijos y el marido estaba de viaje, pues es agente comercial y su nombre es Nicanor. Dejamos las maletas en una cajilla de la estación y nos dirigimos a pie hacia el centro por la avenida de la estación. Llegamos a un edificio de ocho plantas frente al parque de Alamedilla en donde iría a residir. María José me había informado que la propietaria no estaría sino a las tres y, en consecuencia, me propuso dar un paseo por la plaza mayor y la Universidad. Los sitios ya me eran conocidos por el viaje con Juanjo la semana anterior, y los recorrí fijándome más en los detalles. Posteriormente, me invitó a comer (“almorzar” decimos nosotros) a su casa y hacia allá nos dirigimos en un bus de servicio urbano. Vive en un apartamento (“piso” le dicen allí) ubicado en Santa Marta del Tormes, a 4 km del centro. El pasaje cuesta 90 pts. El menú fue ensalada y bistec de ternera con pimiento. Al terminar me invitó un café y a preparar un carajillo con un aguardiente que elaboran con los desechos de la uva. Tiene un aroma que recuerda el vino con un grado de alcohol para “catiar” alhajas, que afortunadamente el nuestro no tiene, apenas si lo probé. Luego nos dirigimos al centro

y me presentó a Dora, la propietaria de la residencia de la cual te hablé. Tiene 61 años, es furibunda del PSOE, tiene fotos con Felipe González en la Moncloa y habla italiano y portugués, y es aficionada a resolver crucigramas en italiano. Su piso tiene cuatro alcobas, dos baños, sala-comedor, cocina y patio de ropas. Aloja en tres habitaciones a huéspedes extranjeros procedentes de toda Europa, especialmente enviados por la Universidad. En la actualidad se hospeda un matrimonio alemán que vino para hacer un curso de español. Durante varios años estuvo residiendo la colombiana, de quien también te hablé, caleña, a quien trata como a la hija que no tuvo, de nombre Piedad. Casó con un español y reside actualmente en Madrid. En vista de que yo era colombiano, la llamó para contarle y luego me hizo pasar. La saludé, me presenté y me dijo que conocía Villavicencio. Yo le conté que había hecho mi posgrado en la Universidad del Valle. Prometió venir con su esposo a conocerme y nos despedimos.

Y heme aquí, en una adecuada habitación, tranquila, bien ubicada y a un precio que me permite subsistir durante el próximo mes y con unas manifestaciones de generosidad que engrandecen al pueblo español. A propósito, cuando María José me invitó a almorzar, yo le dije que no me gustaría estar abusando, y ella me contesto, con una sonrisa explosiva y una entonación muy castellana: “abusar, hijo, es tirarse a la hija del alcalde del ayuntamiento”. Luego, ya en serio, me manifestó que nadie la estaba obligando y que, si lo hacía era porque lo quería y que, de todos modos, si yo hubiera sido una persona diferente, solemne y muy estirada se habría limitado a acompañarme a la residencia y punto. Naturalmente agradecí su manifestación.

Luis Rafael Pardo Silva †

Perdóname si me he extendido en tantos detalles dejándome llevar por el entusiasmo, pero, sobre todo, por un sentimiento de gratitud que tengo que dejar saldado de alguna manera, abusando, eso sí, de tu amistosa paciencia. Como compensación, y para tu descanso, doy por terminada esta misiva no sin antes anunciarte que en la próxima te contaré cosas con algunos incidentes.

Afectísimo,

*Rafael*



## CARTA 2

### Que trata sobre aspectos generales de la ciudad de Salamanca

Villavicencio, octubre de 1996

Apreciado amigo:

Como te lo prometí, continúo mi relato ya ubicado en la ciudad de Salamanca, capital de la provincia del mismo nombre en Castilla-León, a orillas del río Tormes, sobre el cual tiende un soberbio puente romano de veintisiete arcos de piedra, y, al decir de Fernando Araujo en su libro *La Reina del Tormes, Guía Histórico-Descriptiva de la Ciudad de Salamanca*: “Una de las maravillas del género y el más antiguo de que en España haya noticias, anterior al imperio de Trajano”, o sea que estamos hablando del siglo primero de nuestra era, pues Marco Ulpio Trajano fue emperador romano de 98 a 117. En relación con este libro te puedo comentar que me lo facilitó Dora y se trata de una reedición de mil ejemplares de la obra impresa en 1884 en Salamanca en los talleres de la imprenta y litografía de Jacinto Hidalgo, antes Cerezo, por iniciativa de la Caja de Ahorros y Mon-

te de Piedad de Salamanca en los talleres de Europa Artes Gráficas, S.A., el día 14 de febrero de 1984, festividad de San Valentín, para obsequiar a sus clientes. La visita al puente es, desde luego, paseo obligado y sentarse a la ribera del Tormes a contemplarlo es trasladarse a la época en que las legiones romanas debieron cruzarlo recorriendo la *Vía Lata* o Calzada de la Plata, el más largo camino que cruzaba la península uniendo la ciudad de Mérida con la de Zaragoza.

Pero volviendo al presente, en Salamanca viví en el número 21-25 de la Avenida de los Comuneros, frente al parque de la Alamedilla. A propósito de “comuneros”, en Castilla también los hubo en tiempos de Carlos I de España y V de Alemania; se trató de una sublevación de las comunidades a principio de su reino por causa de los impuestos y contra la introducción de numerosos extranjeros en los cargos públicos. Allá como aquí, fueron vencidos (1521) y condenados a muerte sus dirigentes. Todas las mañanas con mi maletín del computador al hombro, cruzaba la avenida, caminaba hacia el occidente, costado norte del parque, para efectuar los cruces peatonales del paseo Canalejas y de la Gran Vía, y tomar la calle Azafranal hasta su intersección con la calle Toro para ingresar a la Plaza Mayor que, como dice la guía turística: “Maravilloso modelo de la plaza monumental porticada, con unidad de estilo y grandeza de concepción”, data del siglo XVIII. Atravesándola en diagonal, se sale por el pórtico de la iglesia de San Martín para tomar la Rúa Mayor y hacer ingreso por la calle de la Universidad Pontificia al patio de escuelas mayores de la Universidad de Salamanca, y, allí, querido amigo, está la verdaderamente admirable estatua de Fray Luis de León, que preside la entrada al claustro de las escuelas menores, oficinas de Rectorías y Vicerrectorías y la gran fachada en piedra de estilo plateresco que da acceso al *Sancta Sanctorum* de la Universidad: su antigua